



Para Eve
«La confortadora del fracaso».

PREFACIO

CONFIESO QUE SIENTO UNA ESPECIAL predilección por la forma de nombrar de los indios: cada hombre es conocido por esa faceta que mejor expresa quién es a ojos de quien le nombra. Así puede ser el Poderoso-Cazador o el Hombre-que-teme-al-Oso, según lo mencione un amigo o un enemigo, o Cara Cortada para quien solo le conoce de vista. Ningún otro modo, pienso, describe tan bien las diversas naturalezas que nos habitan y, si está de acuerdo conmigo, comprenderá por qué aquí aparecen tan pocos nombres tal y como aparecen en la geografía. Si me gusta un lago conocido por el nombre del hombre que lo descubrió, cuyo atractivo son los espesos pinos que crecen en sus orillas, en mi relato lo hallará así descrito. Pero si los indios han estado allí antes que yo, entonces encontrará el nombre que ellos le dieron, que siempre es hermoso y adecuado y no tiene su origen en el mezquino deseo humano de perpetuidad.

No obstante, hay ciertos picos, cañones y praderas despejadas que se encuentran por encima de cualquier límite de las palabras y tienen cierta fama, como ese gran noble a quien no se le otorgan apelativos cariñosos. Guiándose por ellos, podrá llegar a mi tierra y encontrar, o no, según el poso

que le haya dejado, mucho de lo que aquí se cuenta. Y más. La tierra no está dispuesta a dar gratuitamente lo mejor de sí a todo el que llega, sino que guarda una intimidad dulce e individual para cada uno. Pero si no encuentra todo tal y como yo lo escribo, no me tenga por menos fiable o a usted por menos inteligente. Hay cierta pretensión permitida en los asuntos del corazón, por la que alguien podría decir a modo de ejemplo: «Conozco a un hombre que...» y renunciar a su experiencia más querida sin traicionarla. Y yo no tengo la intención de dirigirle hacia deliciosos lugares a los que profese menos cariño que yo. De modo que mediante esta forma de nombrar me mantengo fiel a la tierra y añado a mis posesiones un gran territorio sobre el que nadie ostenta un título de propiedad más fiable.

El país en el que puede avistar y tocar lo que aquí está escrito se encuentra entre las Sierras altas al sur de Yosemite —al este y al sur sobre un grupo de cordilleras quebradas más allá de Death Valley³—, adentrándose sin límite en el desierto de Mojave. Puede internarse en sus fronteras desde el sur tras una jornada de viaje que conlleva un gran lapso de tiempo, o desde el norte por ferrocarril, saliéndose de la ruta en Reno. El mejor de todos los caminos se hace por los pasos de la Sierra, a lomos de un caballo, ver para creer. Pero no se llega al verdadero corazón del territorio durante un mes de vacaciones. Uno debe pasar aquí, con la tierra, el verano y el invierno y esperar sus acontecimientos. Pinares que tardan dos o tres estaciones en madurar las piñas, raíces que yacen en la arena durante siete años esperando que llegue la lluvia, abetos que crecen durante cincuenta años antes de florecer; a estos hace falta tiempo para conocerlos. Pero si alguna vez atraviesa las fronteras tan lejos como para llegar al pueblo que yace en un hoyo en la colina al pie del

3 El Valle de la Muerte (*N. de la T.*).

Kearsarge, no se vaya hasta haber llamado a la puerta de la casa marrón que hay bajo el sauce al final de la única calle de la aldea; allí tendrá noticias de la tierra, de sus senderos y de lo que en ellos se mueve, el relato que un amante de esa tierra le puede ofrecer a otro.

LA TIERRA DE LA LLUVIA ESCASA

AL ESTE DE LAS SIERRAS, al sur del Panaming y Amargosa, incontables millas al este y sur, se encuentra el País de las Fronteras Perdidas.

Los indios ute, paiute, mojave y shoshoni habitan sus límites, tan adentro en el corazón de esta tierra como el hombre ha osado penetrar. Es la tierra y no la ley la que marca las fronteras. Desierto es el nombre que lleva sobre el mapa, pero los indios tienen un nombre mejor. Desierto es un término impreciso para indicar tierra que no ayuda al hombre; si la tierra puede mordirse y romperse para tal fin no está probado. Nunca está vacía de vida, por seco que sea el aire y ruin el suelo.

Esta es la naturaleza de esa tierra. Hay colinas, redondeadas, cortadas, quemadas, surgidas en medio del caos, pintadas de bermellón y cromo, que aspiran a llegar a la cota de nieve. Entre las colinas yacen planicies elevadas anegadas de un intolerable destello solar, o valles estrechos ahogados en una neblina azul. La superficie de la colina está rayada de ceniza y negro, flujos de lava sin erosionar. Tras la lluvia, el agua se acumula en los huecos de los pequeños valles cerrados y, al evaporarse, deja planicies áridas de puro desierto que reciben el nombre local de lagos secos. Allí donde las montañas son escarpadas y llueve copiosamente, el lago casi nunca está seco, es oscuro y amargo, bordeado por los flo-

recimientos de los depósitos alcalinos. Una fina corteza de ellos yace a lo largo del marjal, sobre la zona vegetal, que no es ni hermosa ni fresca. En los anchos baldíos abiertos a los vientos, las arenas se desplazan en remolinos sobre los arbustos rechonchos y, entre ellos, el suelo muestra rastros salinos. La escultura de las colinas aquí se debe más a la erosión del viento que a la del agua, aunque las tormentas veloces a veces dejan una cicatriz que dura varios años. En todos los desiertos del oeste hay ensayos en miniatura del afamado y terrible Gran Cañón, al que, si uno permanece lo suficiente en estas tierras, llegará al fin.

Puesto que este es un territorio de colinas uno espera encontrar manantiales, pero no depender de ellos; pues cuando se encuentran suelen estar llenos de arbustos y no ser muy salubres, o desesperantes hilos lentos en un suelo sediento. Aquí encontrará la ardiente depresión de Death Valley, o los distritos más altos donde el aire tiene siempre un toque de escarcha. Aquí están los largos y pesados vientos y las calmas sin una gota de brisa sobre las mesetas inclinadas donde danzan los demonios de arena, ascendiendo en remolinos hacia un amplio y pálido cielo. Aquí no encontrará lluvia cuando todo la está pidiendo a gritos, o habrá rápidos aguaceros llamados chaparrones debido a su violencia. Una tierra de ríos perdidos, con poco que amar en ella; pero una tierra a la que, una vez se ha visitado, hay que volver inevitablemente. Si no fuera así, poco habría que contar de ella.

Es la tierra de las tres estaciones. De junio a noviembre yace ardiente, quieta e insoportable, enferma de tormentas violentas que no aportan alivio alguno. Después, hasta abril, bebe fresca, aquiescente, la escasa lluvia y las nieves más escasas aún; desde abril hasta la estación calurosa de nuevo, florece, radiante y seductora. Estos meses son aproximativos, más tarde o más temprano un viento cargado de lluvia puede rebosar la compuerta del Colorado desde el golfo y la tierra marca sus estaciones según la lluvia.

La flora del desierto nos avergüenza con sus alegres adaptaciones a las limitaciones estacionales. Su único deber es florecer y dar fruto y lo hace con esfuerzo, aunque con lujuria tropical, en virtud de la lluvia. En el informe de la expedición de Death Valley se indicaba que, después de un año de abundantes lluvias, en el desierto de Colorado se encontró un espécimen de *Amaranthus* de tres metros de altura. Un año más tarde, la misma especie en el mismo lugar creció diez centímetros durante la sequía. Uno espera que la tierra haga brotar cualidades similares en sus vástagos humanos, no solo que lo intenten con ahínco, sino que lo consigan. Rara vez la hierba desértica alcanza la estatura completa de su especie. La aridez y altitud extremas tienen el mismo efecto de encogimiento, de modo que encontramos especies en miniatura relacionadas entre ellas en las Sierras altas y en Death Valley, que consiguen un crecimiento bueno bajo temperaturas poco favorables. Las plantas desérticas tienen innumerables recursos para prevenir la evaporación: colocan su follaje de canto contra el sol, hacen crecer pelos sedosos, exudan gomas viscosas. El viento, que tiene un largo barrido, las hostiga y las ayuda. Levanta dunas alrededor de los tallos fornidos, para rodearlos y protegerlos, y sobre las dunas, que pueden ser, al igual que el mezquite, tres veces más altas que un hombre, las ramitas florecen y dan fruto.

Hay muchas zonas del desierto en las que hay agua potable a pocos centímetros de la superficie, indicadas por el mezquite y el zacatón (*Sporobolus airoides*). Es esta cercanía de una ayuda improbable lo que da pie a la tragedia de las muertes en el desierto. Se cuenta que el derrumbe final de aquel desafortunado grupo que dio a Death Valley su nombre prohibido ocurrió en una localidad donde los manantiales someros les habrían salvado. ¿Pero cómo iban a saberlo? Con el equipo adecuado es posible atravesar sin riesgo esa dolina tenebrosa, aunque cada año se cobra su peaje de muertes y cada año los hombres encuentran momias secas

por el sol, de las que no se conserva rastro o recuerdo. Subestimar la propia sed, pasar de largo un punto de referencia a izquierda o derecha, encontrar una fuente seca donde uno buscaba agua corriente; no hay forma de evitar estas cosas.

A lo largo de los manantiales y los cursos de agua subterráneos sorprende encontrar plantas amantes del agua que crecen en abundancia en tierra húmeda, pero el desierto cría sus propios tipos, cada uno con su hábitat particular. El ángulo de la ladera, el frontal de una colina, la estructura del suelo, determinan la planta. Las colinas que miran al sur están casi desnudas y la línea de árboles más baja está por encima de los mil pies. Los cañones que van de este a oeste tienen una pared desnuda y otra cubierta. Alrededor de lagos secos y marjales la hierba conserva una ordenación determinada. La mayoría de especies tienen áreas de crecimiento bien definidas, el mejor indicador de una tierra sin voz que puede informar al viajero de su ubicación.

Si tiene alguna duda sobre ello, sepa que el desierto comienza con las larreas. Este arbusto inmortal se extiende hasta entrar en Death Valley y asciende hasta la línea de árboles más baja, olorosa y medicinal como puede adivinar por su nombre, en forma de vara, con follaje ondulado y brillante. La vista agradece su vivo color verde en una naturaleza de arbustos de color gris y blanco verdoso. En primavera exuda una goma resinosa que los indios de aquellas zonas saben cómo utilizar con roca pulverizada para pegar las puntas de las flechas a las astas. Confíe en los indios para no perderse ninguna de las virtudes del mundo de las plantas.

Nada que produzca el desierto se expresa mejor que el infeliz crecimiento de las yucas. Tormentosos y delgados bosques de yucas observan sombríos desde las mesetas altas, especialmente en esa zona triangular que se abre en abanico hacia el este desde el encuentro de las Sierras y las colinas que siguen la costa, donde las primeras cruzan el extremo meridional del Valle de San Joaquín. La yuca eriza sus hojas

como puntas de bayoneta, de un verde apagado, cada vez más desgreñadas con la edad, coronadas con panículas de flores fétidas y verdosas. Tras la muerte, que es lenta, el entramado hueco y fantasmal de su esqueleto de madera, casi sin fuerza para pudrirse, hace que la luz de la luna dé miedo. Antes de que la yuca llegue a florecer, mientras su flor es aún un brote cónico de color crema del tamaño de una col pequeña, llena de savia azucarada, los indios la extraen hábilmente de su valla de dagas retorciéndola y la asan para su deleite.

Tanto es así en aquellas partes donde habita el hombre que uno ve con poca frecuencia plantas jóvenes de *Yucca arborescens*. Se encuentran otras yucas, cactus, hierbas bajas, miles de especies, de camino al este desde las colinas que recorren la costa. No hay ni pobreza de suelo ni especies a las que culpar de la escasez del crecimiento desértico, simplemente cada planta necesita más espacio. Es necesario que haya mucha tierra vacía para extraer tanta humedad. La auténtica lucha por la existencia, el verdadero cerebro de la planta, está bajo tierra; en la superficie hay sitio para un crecimiento perfecto. En Death Valley, el reputado núcleo de la mismísima desolación, existen alrededor de doscientas especies identificadas.

Por encima de la línea de árboles más baja, que es también la línea de nieve, abruptamente marcada por el sol, se encuentran extensiones de pinos piñoneros, juníferos, con las ramas rozando el suelo, lilas y salvia, y algunos pinos blancos dispersos.

No hay una especial preponderancia de plantas autógamas o anemófilas, sino que por todas partes hay necesidad y pruebas de la existencia de insectos. Donde haya semillas e insectos habrá pájaros y pequeños mamíferos y, donde haya de estos, vendrán los sigilosos de dientes afilados que los cazan. Adéntrese cuanto se atreva en el corazón de una tierra solitaria, no podrá llegar a un lugar tan alejado en el que

no tenga ante sus ojos la vida y la muerte. Los lagartos de costado manchado se deslizan dentro y fuera de las grietas de las rocas, y jadean sobre las arenas blancas y calientes. Los pájaros, incluso colibríes, anidan en los matorrales de cactus; los pájaros carpinteros entablan amistad con las yucas demoníacas; fuera del desnudo baldío sin árboles suena la música del sinsonte cantando de noche. Si es verano y el sol ya está muy bajo, se oirá la llamada de un búho. Seres extraños, peludos y juguetones cruzan a toda velocidad los espacios abiertos o se sientan quietos sobre las engañosas torres de las larreas. El poeta puede haber «nombrado todos los pájaros sin un arma»,⁴ pero no a los seres con pies de hada, furtivos y pequeños que habitan la tierra de las regiones secas. Son demasiados y demasiado rápidos; tantos que no lo creería si no fuese por los rastros de las huellas sobre la arena. Casi todos trabajan de noche, pues encuentran los días demasiado calurosos y blancos. En mitad del desierto, donde no hay ganado no hay aves carroñeras, pero si se adentra en esa dirección es posible que se encuentre a la sombra de sus alas inclinadas. Nada tan grande como un hombre puede moverse por esa región sin ser espiado, y ellas saben bien cómo trata la tierra a los extraños. Existen pruebas de la forma en la que la tierra impone nuevos hábitos sobre sus moradores. El rápido aumento de horas de sol al final de la primavera en ocasiones alcanza a los pájaros en su época de nidación y el efecto es el contrario a la forma ordinaria de incubación. Se hace necesario mantener los huevos frescos en lugar de calientes. Una primavera calurosa y agobiante en Little Antelope tuve la ocasión de pasar con frecuencia junto al nido de una pareja de turpiales gorjeadores, tristemente cobijados bajo un arbusto muy delgado. Nunca los vi incubando excepto por la noche, pero a mediodía estaban de pie sobre el

4 Primer verso del poema *Forbearance* de Ralph Waldo Emerson (*N. de la T.*).

nido, o inclinados sobre él, medio desmayados con el pico abierto, interponiéndose entre el sol y su tesoro. A veces estaban los dos con las alas extendidas y medio elevadas para crear, bajo esa temperatura, un punto de sombra, lo que al final me obligó, por camaradería, a dejarles un trozo de lona como cobijo permanente. Había una valla en aquellas tierras que cercaba al ganado de la sierra que, a lo largo de quince millas de postes, uno podía estar seguro de encontrar un pájaro o dos en cada franja de sombra; a veces el gorrión y el halcón, con las alas arrastrando y el pico abierto, mustios en mitad de la tregua blanca del mediodía.

Si al principio uno es proclive a sorprenderse de la cantidad de moradores que hay en la tierra más solitaria que jamás salió de las manos de Dios, qué hacen ahí y por qué se quedan, uno no se sorprende tanto después de haber vivido allí. Ningún otro lugar como esta extensa tierra parda para tomarle cariño. Las colinas arcoíris, las tiernas neblinas azuladas, el luminoso resplandor de la primavera, tienen el encanto del loto. Engañan al sentido del tiempo de forma que, una vez se habita aquí, uno siempre pretende irse sin darse cuenta de que no lo ha hecho. Hombres que han vivido aquí, mineros, vaqueros, le dirán esto, no con tanta fluidez, pero con énfasis, maldiciendo la tierra y regresando a ella. Aquí está el aire más limpio y divino que pueda respirarse en cualquier lugar de este mundo de Dios. Algún día el mundo lo entenderá y los pequeños oasis de las ventosas cumbres de las colinas darán cobijo y curarán a las dolientes nidadas aburridas del hogar. Existe la promesa de grandes riquezas en minerales y tierras que no lo son tanto pues han de ser extraídas del agua, muy lejos, para ser practicables, pero los hombres se ven embrujados por ella y tentados de probar lo imposible.

Debería escuchar a Salty Williams contar cómo solía dirigir recuas de dieciocho y veinte mulas desde la ciénaga de bórax hasta el Mojave, noventa millas, con la carreta llena

de barriles de agua. Los días de calor las mulas estaban tan locas por beber que el ruido del cubo de agua levantaba un tumulto de horribles chillidos y un lío de arneses, mientras Salty se sentaba en el pescante con el destello del sol cayendo a fuego sobre los ojos, repartiendo maldiciones para calmarlas con una voz uniforme y desinteresada hasta que el clamor desaparecía de puro cansancio. Había una línea de tumbas poco profundas a lo largo de aquel camino; solía contar con perder a un hombre o dos de cada nuevo grupo de peones que traía la estación calurosa. Pero cuando perdió a su ayudante, aniquilado de repente durante el descanso de mediodía, Salty dejó el trabajo; decía que hacía «un calor del demonio». Enterró a su ayudante junto al camino, poniendo piedras encima para evitar que los coyotes lo desenterraran, y siete años después leí aquellas líneas trazadas a lápiz sobre el testero de pino, aún brillantes y como nuevas.

Antes de aquello, mientras me dirigía hacia el paso de Mojave, me encontré de nuevo a Salty cuando cruzaba Indian Wells, subido al pescante, curtido y rubicundo como una luna de otoño, asomando entre el polvo dorado por encima de sus dieciocho mulas. La tierra le había llamado.

La palpable sensación de misterio del aire del desierto engendra fábulas, principalmente de tesoros perdidos. En algún lugar dentro de sus desnudos límites, si uno cree lo que se cuenta, hay una colina con pepitas, otra contiene hilos de plata virgen, una antigua cuenca arcillosa donde los indios sacaban tierra para hacer ollas y les daban forma con granos de oro puro. Los viejos mineros que deambulan por los límites del desierto, curtidos hasta parecerse a las colinas bronceadas, le contarán convencidos historias como estas. Tras una breve estancia en esa tierra creará sus confesiones. La pregunta es si no será mejor ser mordido por la pequeña serpiente cornuda del desierto que camina de lado y ataca sin enroscarse, que por la tradición de una mina perdida.

Y, aun así, aun así, ¿no es acaso para satisfacer las expectativas que uno se deja llevar por el tono trágico cuando se escribe sobre el desierto? Cuanto más se desea más se obtiene de él, y mientras tanto, uno se va haciendo menos amable. En ese país que comienza al pie de la ladera este de las Sierras y se extiende hacia la Gran Cuenca por crestas de colinas cada vez menos elevadas, es posible vivir con gran placer, tener sangre roja y alegrías delicadas, pasar y repasar en el quehacer diario un área que podría ser un estado de la costa Atlántica y eso, sin peligro y, según nuestro modo de pensar, sin especial dificultad. De cualquier forma, no son los que fueron al desierto para simplemente escribir sobre él quienes inventaron el fabuloso Hassaympa, de cuyas aguas, si alguien bebe, ya no verá los hechos como simples hechos, sino todo radiante con el color del romance. Yo, que debo de haber bebido de él en mis dos periodos de siete años de deambular por ahí, estoy segura de que merece la pena.

Por todo pago que el desierto se cobra de un hombre, otorga compensaciones, respiraciones hondas, sueño profundo y la comunión con las estrellas. En las pausas de la noche, uno se da cuenta con renovada fuerza de que los caldeos eran un pueblo criado en el desierto. Es duro escapar a la sensación de dominio mientras las estrellas se mueven en cielos despejados y amplios en ascensiones y ocasos sin obstáculos. Se ven grandes, cercanas y palpitantes; como si se movieran por alguna mansión que no hay necesidad de declarar. Rodando hacia las estaciones celestes, hacen que las preocupaciones de este pobre mundo no tengan importancia. Como no la tienes tú, que yaces ahí fuera observando, ni el flaco coyote que está junto a ese arbusto y aúlla y aúlla.